

edición. Madrid, imprenta de Villalpando, 1805», 2 t. 8.º de 286 y 332 págs., respectivamente.

Contiene las piezas preliminares de la 2.ª edición menos el Privilegio, Licencia y Fe de erratas; y pone el Editor una advertencia en la que, haciendo justicia al mérito del «Quijote» de Cervantes cuya obra—dice,—«es una de las que más honor hacen á nuestra literatura»—cree, empero, que la continuación de Avellaneda no merece el desprecio con que la calificó Cervantes.

En esta edición se hicieron algunos expurgos y se suprimieron, además, seis capítulos enteros, los numerados de XV a XX, que que contienen los dos cuentos titulados «Del rico desesperado» y «De los felices amantes». Según nota del Editor, esta supresión se hizo por los censores del libro, y dice que no puede menos de reconocer la solidez de las razones alegadas para exigirla. Efectivamente, las obscenidades en dichos cuentos diseminadas, serían ya razón bastante.

CUARTA EDICIÓN

«El Ingenioso Hidalgo, etc... compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Quinta Parte.» Lo incluyó Don Cayetano Rosell, en el tomo XVIII de la «Biblioteca de Autores Españoles», de M. Rivadeneyra, que es el tomo I de «Novelistas posteriores á Cervantes», Madrid, 1851.

El texto sigue a la edición antigua.

QUINTA EDICIÓN

«Alonso Fernández de Avellaneda. El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha. Barcelona, «Biblioteca clásica española», Daniel Cortezo y Compañía, 1884.»

En 8.º de 244 págs.

Dicen los editores en la *Advertencia*, que han seguido la 1.ª edición y hecho «sólo algunas supresiones, imprescindibles por razones de decoro». Añaden que «el *Quijote* de Avellaneda ha sido reputado por algunos como libro clásico, y que figura en la lista de autoridades del idioma.»

No he sabido ver tal cosa en el último «Catálogo de autorida-

des de la Academia Española», que es quien puede y debe dar *autoridad* en la materia.

Fred. Ad. Ebert, («Allgemeines Bibliographisches Lexicon», Leipzig, 1821-30), cita vagamente una edición de Madrid, 1615; pero debe de haber error en la fecha, y referirse á la de 1614, pues tal edición del año 1615, no se conoce.

En la sección extranjera hablaré de la traducción, o mejor, arreglo del «Quijote» de Avellaneda por Lesage, y de los juicios de éste, que deberá leer el lector juntamente con los que siguen:

Cúmpleme aquí reseñar cómo ha sido juzgado el «Quijote» de Avellaneda, y cuáles han sido las disquisiciones verificadas para averiguar quien se ocultó bajo este seudónimo.

Nicolás Antonio (Bib. hisp. nova, 1676), menciona muy superficialmente el «Quijote» de Avellaneda y juzga que su autor no tenía genio para continuar tal obra; pero nada más dice.

Los autores del «Diario de los Sabios» del Lunes 31 de Marzo de 1704, no conocieron, según ellos mismos confiesan, el original español, y sí solamente la traducción, es decir, el arreglo de Lesage, quien mejoró mucho la obra de Avellaneda; por esto, y por seguir servilmente la opinión del refundidor francés, dicen que «el Sancho de Avellaneda es más natural.»

También D. Isidro Perales (o Nasarre como cree Pellicer), se dejó llevar del engañoso parecer de Lesage cuando dijo en el *Fuero* al frente de la edición del «Quijote» de Avellaneda (Madrid, 1732), que «la segunda parte del «Quixote» de Cervantes, imita, y casi copia la de Avellaneda; «falsísima aseveración fundada en dos falsísimas premisas. La primera dimana, de que Lesage, en su arreglo, introdujo pasajes de la segunda parte del «Quijote» de Cervantes, y así nuestros *seudosabios* del siglo XVIII, que *estudiaron* el «Quijote» de Avellaneda en la refundición de Lesage, achacaron a Cervantes un plagio de que estaba inocente. La segunda procede de haber supuesto que Cervantes escribió su segunda parte instigado por la publicación del «Quijote» de Avellaneda, siendo evidente, como lo es, que cuando este libro apareció, Cervantes tenía ya escritos LIX caps. de su obra, es decir, más de las tres cuartas partes. El mismo prologuista de esta edición de 1732 viene luego a confesar, hablando del arreglo de Lesage, que: «puede tal vez atribuirse parte del aplauso, que se ha merecido de los

extranjeros esta obra, a las añadiduras con que la adornó», y luego añade: «No se puede disputar la gloria de la invención de Cervantes; aunque no es inferior la de la imitación de Avellaneda.» En cuanto a la paternidad, véase lo que dice Perales en este mismo prefacio: «el Autor de este «Don Quijote» no es Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, porque constando de lo que Cervantes dize, que el Autor es Aragonés: y no aviendo Lugar que se llame Tordesillas, en Aragón, se debe conjeturar, que quien fingió la Patria fingiría el nombre: á mas de que en todo el siglo XVI, no se bautizó en la villa de Tordesillas, hombre alguno á quien se llamase Alonso Fernández de Avellaneda.»

«Por el Prólogo de esta obra, se viene en conocimiento, de que su autor era enemigo de Cervantes, y que no era solo, y de la causa de la enemistad; pero como esto sea personal no merece que nos detengamos en ello.»

Y ahora veamos lo que dice Don Agustín de Montiano y Luyando, Aprobante (en 1731), de esta segunda edición de Avellaneda: «las aventuras de este «Don Quijote» son muy naturales y que guardan la rigurosa regla de la verosimilitud; su carácter es el mismo que se nos propone desde su primera salida, tal vez menos extremado, y por eso más parecido; y en quanto á Sancho, quien negará que está en él de Avellaneda mas propiamente imitada la rusticidad graciosa de un aldeano?» «No creo que ningún hombre de juicio pueda declararse en favor de Cervantes, si compara una parte con otra.» Y acaba Montiano diciendo que el enojo de Cervantes al despreciar el «Quijote» de Avellaneda «alucinó su clarísimo entendimiento en un assumpto que imaginó contrario de todos modos á sus intereses.» No pueden decirse más despropósitos en menos palabras.

Don Gregorio Mayans y Siscar («Vida de Cervantes», año 1738), emite este juicio: «la leyenda del Autor Aragonés es indigna de cualquier Letor que se tenga por honesto», «su doctrina es pedantesca; i su estilo lleno de impropiedades, solecismos, i barbarismos, duro i desapacible: i en suma digno del desprecio que ha tenido»..... «Cervantes ideó á Sancho Panza, simple, gracioso, i no comedor, ni borracho; Avellaneda simple si, pero no nada gracioso, comedor, i borracho.»

En cuanto al nombre del encubierto Autor nada nos declara.

He aquí sus únicas conjeturas: «Aquellas palabras (del prólogo de Cervantes), *Senor i Grande*, son misteriosas para mí: i sea lo que fuere, Yo estoy persuadido a que el enemigo de Cervantes era mui poderoso, quando un Escritor, Soldado, amimoso i diestro en el manejo de la pluma i de la espada, no se atrevió á nombrarle. Si ya no es que fuese hombre tan vil, i despreciable, que ni aun quiso que se supiese su nombre para que con la misma infamia no lo-grase alguna fama.»

El P. Murillo («Geografía Histórica», 1752) [12], dice solamente que Alonso Fernández de Avellaneda era eclesiástico.

Otro de los ensalzadores del «Quijote Malo» fué Don Diego de Torres, quien en el libro, titulado: «El Hermitaño Torres, aventura curiosa en que se trata de la piedra filosofal», «habla de Avellaneda sin haberle visto, y atribuye al autor español los discursos del traductor francés.»

Don Juan Martínez Salafranca, en sus «Memorias literarias» (Madrid, 1777), pretende: «que Avellaneda tuvo sobrada razón para creer que Cervantes no quería, ó no podía continuar el «Quijote»..... «á Cervantes se le está conociendo la calentura del enojo en quanto habla de Avellaneda.» Rebate la primera errónea aseveración Don Vicente de los Ríos («Vida de Cervantes»), observando que Cervantes en el prólogo de sus «Novelas» había ya ofrecido publicar inmediatamente la segunda parte del «Quijote», circunstancia que no ignoraba Avellaneda.

Don Vicente de los Ríos («Vida de Cervantes») al frente de la edición del «Don Quijote», 1780), dice: «El prólogo de Avellaneda es un libelo infamatorio»..... «El cotejo de las dos obras (la de Avellaneda y la de Cervantes), hace patente la preferencia del ingenio de Cervantes.» «El «Quijote» castellano ahuyentó de la república de las letras al aragonés.» «Avellaneda no pensaba con dignidad, ni escribía con decencia: a cada paso presenta imágenes torpes e indecorosas, cuyo colorido basto, grosero y desapacible sonroja y enmudece al lector». Respecto al autor sólo dice Ríos que «era compositor de comedias, implacable enemigo de Cervantes..... grandemente sentido de la justa censura que este había hecho de sus comedias en el Quijote.» Conjetura vaga, y además, deducida solo por la alusión del prólogo de Avellaneda.

Veamos que dice de Avellaneda y de su «Quijote» Don Juan

Antonio Pellicer («Vida de Cervantes» 1797): «que su prólogo es uno de los más descorteses é injuriosos, que se han impreso en libros», que «sólo grangeó (Avellaneda) fama de escritor indecente, obsceno y desaliñado», que «su lenguaje es inculto, vulgar y causador de nauseas», y que la afirmación que hizo Cervantes de ser el autor aragonés, «se descubre y hace manifiesto por ciertas voces y modismos propios de Aragón», los cuales apunta Pellicer en la nota al cap. XLIX de la parte 2.^a del «Quixote».

En averiguación de quien sea el verdadero escritor, aventura Pellicer dos conjeturas. Deducer la primera de un códice hallado en la librería de la condesa viuda de Fernán-Núñez que, entre otros tratados, contiene las sentencias que se intimaron a los poetas que escribieron en dos certámenes, celebrados en Zaragoza por los años de 1614, sobre la interpretación de dos enigmas que se esparcieron en aquella ciudad. A dos de los poetas se les llama en las sentencias *Sancho Panza*, y cree Pellicer que se refieren a Avellaneda.

(El Sr. Rius cita a continuación de dos *vejámenes* ya copiados en las páginas 52 y 53 de este «Ensayo»).

«¿Pero qual de los dos poetas era nuestro Licenciado?» «Ahí esta la mayor dificultad. Lo que se conjetura es que era poeta cómico.» «Acerca de su estado pudiera conjeturarse que era religioso y por ventura de la orden de Predicadores porque se muestra teólogo y versado en los Santos Padres, y se le observa cierta afición á las cosas de esta Orden.»

Según Pellicer, Don Juan de Iriarte, que vió hacer la reimpression del «Quixote» de Avellaneda, Madrid, 1732, dice de ella en las *Adiciones manuscritas á la Bib. esp. de Nicolás Antonio*: «el editor, el aprobante y el autor del Juicio son una persona sola, y esta fué la de Don Blas Nasarre á quien Perales, que era un clérigo familiar suyo, y el beneficiado de Aliaga prestaron sus nombres.»

Don J. A. Cean Bermúdez, en vista de los documentos que descubrió en 1808, principalmente la *Información de Argel*, donde consta la enemistad de fray Juan Blanco de Paz y de Cervantes en Argel, imaginó que aquél es el supuesto Avellaneda. Navarrete, y después Clemencin, se hicieron eco de esta suposición, no dando a ella completa fe. El último apunta esta otra conjetura (*Don Quijote, nota al ca. LIX*): «pudo también (Juan Blanco) á su

vuelta á España influir con algún otro fraile dominico para que escribiese la segunda parte del «Quijote», puesto que Cervantes la atribuye á un aragonés.»

Don Martín Fernández de Navarrete dice: «que en el prólogo ya empieza Avellaneda a propasar los límites de la prudencia y de la urbanidad, derramando la ponzoña que abrigaba su corazón»; que «su obra es insípida, vulgar y obscena», y añade: «la comparación de las obras de Cervantes y Avellaneda manifiesta el ingenio, la erudición y gracia del primero, en contraste con la pedantería, insipidez y torpeza del segundo.» «Sólo la universal celebridad y el sublime mérito de Cervantes han podido excitar algún interés para saber quien fué el pigmeo que osó medirse con el atlante de nuestra gloria literaria.»

Ahora, examinando los antecedentes expuestos por Pellicer, y uniéndolos a los que Cervantes dice, afirma Navarrete que el autor del «Quijote malo» era compositor de comedias, dominico y aragonés, y protegido del confesor del rey Fray Luis de Aliaga, religioso de la misma orden y natural de Zaragoza.

Don Diego Clemencín en su *Comentario del Quijote* (notas al capítulo LIX de la segunda parte), dice, admitiendo las opiniones de sus predecesores: «Que fué fraile lo indican infinitos personajes del Quijote suyo;.... Que fué dominico lo sospechó Pellicer con mucho fundamento. Ya en el prólogo cita a Santo Tomás; en el capítulo I menciona la «Guía de Pecadores de fr. Luis de Granada; habla en 14 o 15 lugares del Rosario, etc.; y en los cuentos del «Rico desesperado» y del «Pecador arrepentido» los protagonistas son dominicos.» «Qué Avellaneda fingió su patria, pues siendo aragonés se dió por natural de Tordesillas, además de afirmarlo Cervantes y comprobarlo su lenguaje, lo indica la expresión equívoca con apariencia de satírica del cuento de Sancho en el capítulo XXI, donde se dice que en Castilla la Vieja y tierra de Campos hay muchos gansos.» «Que Avellaneda residió en Toledo lo manifiesta al parecer el conocimiento minucioso que muestra y la frecuente mención que hace de las cosas de aquella ciudad».... «Resulta, pues, de las consideraciones precedentes, que el autor de la segunda parte del *contrahecho Quijote* fué aragonés, fraile dominico y morador de Toledo.»

Véase, pues, como las conjeturas de Pellicer se convierten en

afirmaciones bajo la pluma de Clemencín, a pesar de no venir apoyadas en ningún sólido fundamento.

Don Alfonso de Castro, en su libro «El Conde-Duque de Olivares y el rey Felipe IV» (Cádiz, 1864), se adelanta a señalar al mismo Aliaga como autor del *Quijote malo*, conjetura que le había comunicado Don J. Cavaleri Pazos, fundando su opinión en la semejanza de estilo que halló entre el «Quijote» de Avellaneda y la «Venganza de la lengua española contra el autor de Cuento de Cuentos», opúsculo atribuido a fray Luis de Aliaga.

Y acrecentó esta opinión, el descubrimiento, en un Códice del conde de Villamediana, de unas décimas satirizando a fray Luis de Aliaga (a raíz de su caída), décimas que empiezan así:

Sancho Panza, el confesor
Del ya difunto monarca,
Que de la vena del arca
Fué de Osuna sangrador, etc.

El folleto atribuido, infundadamente, a Aliaga, se titula así: «Venganza de la lengua española, contra el autor del Cuento de Cuentos. Por Don Juan Alonso Laureles, caballero de hábito y peón de costumbre, aragonés liso y castellano revuelto. En Huesca, por B. Bluson.—Año de 1629.»

Don B. J. Gallardo reclamó la propiedad de la citada conjetura, la cual prohibió también Don Cayetano Rossell («Notas del Quijote de Avellaneda, t. XVIII de la Bib. de A. A. esp. año 1851»), y adoptaron completamente después Don Justo Sancha en una *Carta* que se insertó en el «Semanario Pintoresco», año 1854; don Aureliano Fernández Guerra («Noticia de un códice de la Bib. colombina, Algunos datos para ilustrar el Quijote, 1863») (1); don Juan E. Hartzenbusch («Revista de España y Gaceta Literaria, 1862»), y Don Cayetano Alberto de la Barrera («Revista de Literatura», Sevilla, 1856-58, y «Nuevas investigaciones sobre las obras de Cervantes» 1863).

Los fundamentos alegados por el Sr. Rossell son ampliación ingeniosa de los presentados por los Sres. Pellicer y Castro, y su

(1) El Sr. Fernández Guerra había ya señalado antes en *amistosas conferencias literarias* su conjetura.

conclusión es ésta»:..... hemos llegado a sospechar si el agravio hecho por Cervantes consistiría en aplicar a su escudero el nombre que por apodo llevaba ya anteriormente Avellaneda; mas como este apodo está probado, con los versos de Villamediana, que recaía sobre el padre Aliaga, él, y no otro, debió ser el autor del falso «Quijote».

El Sr. La Barrera, glosando este mismo tema para corroborar lo que dice, «se nos presenta ya claro y evidente»; acude luego al terreno de los anagramas; pero, nótese que (sin hacer hincapié en ella), deja caer esta frase: «Y no deja de llamar así bien nuestra atención el Alfonso Lamberto de los certámenes de Zaragoza.»

Nuevas averiguaciones hechas por Don Adolfo de Castro, y «las semejanzas en el nombre, en la residencia y en las inclinaciones», hicieronle conjeturar que el fingido Avellaneda fuese un tal fray Alonso Fernández, que escribió varias obras religiosas en los años de 1611, 1613 y 1626; todo lo cual expone con salvedades el Sr. Castro en el prefacio a la tercera impresión del «Buscapié», puesta por Apéndice a la ed. del «Quijote», impresa por Gaspar y Roig, en 1850. Pero posteriormente, en un trabajo titulado «Miguel de Cervantes y dos inquisidores generales» leído en Cádiz en el *Aniversario* de la muerte de Cervantes el año de 1872, abandonando el señor de Castro esa última conjetura, se afirmó en su antigua opinión, y expuso nuevas observaciones para corroborarla, declarando que «en tanto que no haya otras pruebas ó indubitables ó de inducción más vehementes, que las alegadas, fray Luis de Aliaga será tenido por el verdadero autor del «Quijote» conocido por el de Avellaneda.»

Esta era, en efecto, la general creencia entre los críticos, cuando en el mismo año de 1872, vino a desarraigarla Don Francisco M. Tubino con su interesante libro «Cervantes y el Quijote», en donde trata la cuestión con sumo detenimiento y con notable erudición; dedicando al esclarecimiento de la verdad estos importantes capítulos: «I. Aparición del falso «Don Quijote».—II. La crítica en busca del autor anónimo.—III. Biografía apócrifa de Aliaga,—IV. Biografía auténtica de Aliaga.—V. ¿Es Aliaga autor del falso *Don Quijote*?—VI. ¿Con qué fin se escribió el Quijote anónimo?—VII. Aliaga y Cervantes.—Resumen.» En ellos, con auténticos documentos y con claras y atendibles razones demuestra el

Sr. Tubino que «hasta ahora no se sabe en que se fundaron los que dijeron que Aliaga fué motejado desde niño con el apodo de Sancho; que no está probada ni una sola de las especies que difundieron el P. Murillo, Pellicer, Ríos, Gallardo, Clemencín, Castro y otros respecto al falso Avellaneda; antes al contrario, es inverosímil que fray Luis de Aliaga, sobre cuyos hombros pensaban en el momento en que tenían lugar las justas, la máquina abrumadora de los diversos e importantísimos cargos con que el rey le había distinguido, es inverosímil, repito, que tuviese tiempo, gusto y ocasión para dedicarse á disputar un premio sin valor; que aun admitiendo que hubiese tomado parte en el certamen de Zaragoza, no se concibe que, siendo Aliaga árbitro de los destinos de España y poderoso personaje a quien rendían parias hasta los más soberbios, inspirase tan escaso temor al juez de las justas, que éste osara lastimarle en el punto donde la herida había de serle más dolorosa; que, si por un capricho inexplicable, Aliaga, disfrazándose con un seudónimo, hubiese tomado parte en un palenque donde luchaban plumas sin reputación ni mérito, no es creíble que el fiscal prescindiera del mote con que se presentaba y fuera a buscar, después de identificar su persona, aquel con que la maledicencia le perseguía; que el fiscal no podía referirse á Aliaga, sino que castigaba á un Sancho estudiante, oficial ó paseante, á un poetrastro presuntuoso y atrevido, que con aquel rebozo comparecía una y otra vez en la liza de donde había de salir corrido, maltrecho y asendereado.»

Continuando el Sr. Tubino sus juiciosas disertaciones, dice, «á ser ciertos esos devaneos literarios de Aliaga se los hubieran de seguro criticado Quevedo al intentar retratarlo con todas sus puntas y collares; Villamediana cuando mordaz le perseguía en sus sátiras; sus encubiertos enemigos con los mencionados papeles, letrillas y sermones con que durante muchos meses le sacaron a la vergüenza. Inútil fuera devanarnos los sesos con el afán de embrollar lo que está claro. No se conoce documento alguno contemporáneo de Aliaga ni posterior á su vida, que conduzca á creerle compositor de comedias ó poeta, ni á un siquiera literato, en el sentido propio de la palabra. Para llegar á lo contrario, hicimos las más vivas diligencias y he aquí lo que arrojan nuestras pesquisas». Enumera Tubino todos aquellos libros y documentos en que

se habla de Aliaga, ora para biografíarle, ora para ensalzar y encomiar sus méritos, sus prendas, su fe, su celo religioso, sus honores, sus talentos, su gobierno, y en ninguno de ellos se expresa que rindiese culto a las bellas letras, ni se habla una palabra que trate de sus aficiones literarias. Únicamente el Sr. Tomás Madalena («Allegatio historica scriptorum ordinis predicatorum», 1738), citado por Latassa, asienta que Aliaga escribió varios opúsculos, memorias y cartas sobre asuntos de la monarquía y de la Inquisición, lo cual no significa en manera alguna que fuera literato; puesto que los escritos que de Aliaga se han hallado, comprenden cartas y comunicaciones todas referentes á asuntos de Estado. Latassa al incluirlo entre los escritores aragoneses se refiere únicamente a lo que dijo Madalena. «Ahora bien—prosigue Tubino—, ¿es el falso «Don Quijote» producto de una pluma no avezada á triunfar de las dificultades de la composición? ¿Podrá sostenerse que no hay en su estilo facilidad, arte, experiencia y hasta atildamiento? Respondan por nosotros autoridades tan competentes como Montiano y Luyando, Hartzenbusch, Fernández Guerra, La Barrera, Rossell y otros que estiman la obra como de mucho mérito»..... «.....Fantasean los que hablan de la amistad íntima que existió entre el dominico y Lope de Vega»..... «Se adujo: que Aliaga había escrito y publicado en 1626 la «Venganza de la lengua española»; que comparado este folleto con el tordesillesco *Don Quijote*, resultaban vaciados en el mismo molde: luego, tras Fernández de Avellaneda estuvo el fraile zaragozano. Por desgracia este aserto es tan deleznable como los otros. La «Venganza de la lengua española» según todas las apariencias, no brotó del calletre de Aliaga por una razón tan sencilla que excusa la réplica. Fué motivada la «Venganza» por el «Cuento de Cuentos», y si algo significan los datos positivos que la bibliografía ha recogido, puede sostenerse que éste no vió la luz por primera vez hasta 1629, tres años después de muerto el ex confesor.» Declaremos, pues, que «fray Luis de Aliaga no fué el falso Avellaneda, que se ignora quien fué éste»; que «el asunto del «Quijote» apócrifo no se debe confundir con el particular relativo á los infortunios de Cervantes»; y que «de estos pudo Aliaga ser cómplice con los demás poderosos de su tiempo.» En cuanto al libro del falso Avellaneda, el Sr. Tubino lo juzga de esta manera: «La fábula está proseguida

con gracia; pero carece del fondo filosófico, de la lección moral, de los alcances y de la transcendencia, con que el divino Cervantes aseguró la perpetua oportunidad del maravilloso engendro de su razón y de su fantasía. Es el «Quijote» de Avellaneda una novela entretenida; el de Cervantes, simulacro eterno de la humanidad en todas las esferas de la vida. Distrae el primero haciendo reír, el segundo lleva la melancolía al ánimo.» Con perdón del señor Tubino debo confesar con ingenuidad que el «Quijote» de Avellaneda, quizás por el hastío que sus groseras imágenes causan, nunca he logrado que me distrajera ni me hiciera reír, y que si esto último he deseado alcanzar, he logrado abriendo cualquiera de las páginas del libro de Cervantes, exceptuando las finales que esas si, me han hecho siempre llorar.

La demostración negativa del Sr. Tubino aumentó el número de las anteriores conjeturas. El mismo D. Adolfo de Castro cambió su antigua creencia, y en su libro publicado el año de 1874 («Varias obras inéditas de Cervantes»), aduce diversos argumentos para probar que el falso Avellaneda es D. Juan Ruiz de Alarcón; y firme en esta su opinión pasa a emitir los siguientes juicios: «El «Don Quijote» de Alarcón (Avellaneda), no pasa del loco del entremés de «Romances»: loco encerrado siempre dentro de los límites amplísimos de su demencia. Alarcón no imita otra cosa que al «Quijote» de los diez primeros capítulos del libro de Cervantes. El Sancho Panza de Cervantes es sencillo y no simple; profiere candideces al par de discreciones; rusticidades juntamente y agudezas; inocencias y malicias. El de Alarcón no habla otra cosa que simplicidades. Su Sancho provoca la risa por sus sandeces á toda sandez y por la grosería de toda grosería de sus expresiones.»

Son muy ingeniosas y eruditas, por más que no convenzan, ni poco ni mucho, las conjeturas que el Sr. de Castro saca de las semejanzas que cree hallar entre el falso «Don Quijote» y las obras y estilo de Alarcón. Entre ellas hay una que me parece se funda en un dato equivocado. Tal es la cita de un pasaje del «Quijote» tordesillesco, cap. VIII, en donde dice Sancho: «irme por esos mundos y por esas indias... tornándome otro fray Juan Guarismas, andando á gachas como un oso selvático, hasta que un niño de setenta años me diga: Levántate Sancho, etc.»; pasaje en el cual se apoya el Sr. Castro para deducir que el autor del «Quijote malo» ha-

bía estado en las Indias Occidentales. Y se apoya mal, porque el recuerdo de Sancho dimana de una antigua y conocida leyenda catalana de las montañas de Montserrat; de la cual son protagonistas el ermitaño fray Joan Garí (Sancho estropeó adrede el nombre), y Riquilda la hija del conde Vifredo el *Velloso*. Por tanto, nada tiene que ver este recuerdo con América (1).

El Sr. de Castro compuso unos «Comentarios al Quijote de Avellaneda», parte de los cuales se publicaron en el número 16, tomo I de la revista de Madrid *La Academia*, día 22 de Abril de 1877.

En el tomo IV de «La España Moderna» (Madrid, 30 de Abril de 1889), hay del mismo D. Adolfo de Castro un trabajo titulado: «Un enigma literario, el Quijote de Avellaneda», en el que aduce nuevas observaciones para robustecer su última opinión de que Avellaneda es Alarcón. Por más que sean curiosas las referencias e indicaciones que el Sr. de Castro en el «Quijote» de Avellaneda encuentra para probar su juicio, no lo prueba.

D. Nicolás Díaz de Benjumea se aferró a la conjetura de Cean Bermúdez y en sus primeros trabajos cervánticos («Comentarios», «Estafeta de Urganda», «Correo de Alquife», etc., 1856-61), trató de mostrar que si fray Juan Blanco de Paz no era el exclusivo autor del «Quijote falso», coadyuvó indirectamente a esta obra y fué el constante perseguidor de Cervantes. Mas, en el «Mensaje de Merlín», Londres, 1875, reforma el Sr. Benjumea su opinión, y cree que Avellaneda es fray Andrés Pérez, autor de la «Pícara Justina», fundándose en aquellos tercetos del «Viaje al Parnaso»:

Haldeando venía, y trasudando
 El autor de «La Pícara Justina»,
 Capellán lego del contrario bando,
 Y cual si fuera una culebrina
 Disparó de sus manos su librazo,
 Que fué de nuestro campo la ruina,

 Una despierta nuestra centinela
 Gritó: todos abaxen la cabeza
 Que dispara el contrario otra Novela.

* (1) Esto lo escribí en 1887. Hoy la leyenda de Garí es bien conocida dentro y fuera de España, gracias a la inspiradísima ópera del maestro Bretón.

Benjumea, sin más pruebas ni más serios indicios, pretende que esta *otra Novela* es el «Quijote» de Avellaneda.

Y no parando aquí las disquisiciones y suposiciones de los críticos, D. Ramón León y Mainez en su «Vida de Cervantes», 1876, tiene por cierto que el autor del «Quijote malo» es el mismísimo Lope de Vega, opinión no probada, pero que, con artificiosos argumentos y eruditos datos, apoya M. Pinheiro Chagas, ilustre crítico y biógrafo de Cervantes, y prohijan también D. Manuel de la Revilla («Crítica literaria, Ilustración Española y Americana», año 1873, pág. 322), y Mr. Fitzmaurice-Kelly («The life of Cervantes», Londres, 1892).

Sir Raudon Brown, en su artículo del «Athæneum» [390], pretende que el falso Avellaneda fué Gaspar Schöppe, acreditado polígrafo alemán que nació en Neumarck, Palatinado superior, el 27 de Mayo de 1576. Toda la argumentación de Brown, basada en su creencia de que Cervantes ridiculizó en el «Quijote» al duque de Lerma, se reduce a esta conjetura: «Con el testimonio auténtico e imparcial del Embajador veneciano hemos probado que, en el año 1614, Gaspar Schöppe pasó ocho meses en Madrid, y además que *estaba pagado por el duque de Lerma*; ¿no es cosa muy probable que este gladiador literario fuese empleado por el primer Ministro para vituperar a un autor que había ridiculizado sus afecciones y sus actos como hombre de Estado?

Rebate esta absurda especie Mr. Fitzmaurice-Kelly, observando sencillamente que Schöppe llegó a Madrid en Marzo de 1614, y mal pudo, por tanto, concebir, escribir y hacer imprimir un tomo de 282 hojas en poquísimos días, puesto que la aprobación del «Quijote» de Avellaneda lleva la fecha de 18 de Abril de 1614.

Otra opinión. En el tomo XIX, páginas 81 a 90, del folletín de «La Renaixensa» (1889), diario catalán que se publica en Barcelona, hay, referente al «Quijote» de Avellaneda, un galano artículo del afamado novelista catalán D. José Pin y Soler, quien lo compuso en 1873, y fué leído en una de las últimas sesiones del «Ateneo tarraconense de la clase obrera». Este trabajo se escribió contestando a un artículo, salido en Tarragona el año 1872 bajo el epígrafe de «La Reparación», en el cual se anatematiza al librero Roberto, a aquel «infame tan descarado como torpe que en 1614 publicó en Tarragona la detestable obra del no menos detes-

table Avellaneda». El objeto del Sr. Pin es aseverar que Cervantes no debía de haberse enfadado por la continuación de Avellaneda, y que la obra de este autor anónimo es buena en sí; a cuyo efecto cita las opiniones de Salvá, de Montiano y de Lesage; pero, sin que yo quiera salir a la defensa del autor del artículo «La Reparación», me atreveré a recordar al ilustrado crítico catalán, las muchas obscenidades que en el libro de Avellaneda se hallan, y que fueron expurgadas en la edición del año 1805, de Madrid.

Y de D. José María Asensio es el siguiente artículo: («Revista de Valencia», Febrero de 1883): «Entra por mucho en las obras del ingenio la concepción primitiva, lo que ahora se llama la creación; pero, á pesar de encontrarla escrita, no cupo en la imaginación de Avellaneda el alto pensamiento de Cervantes. La parte más difícil, la de apoderarse de los caracteres principales, comprenderlos y saberlos, ponerlos de relieve con vida, con verdad, con rigurosa constancia, faltó por entero al continuador. Don Quijote en Avellaneda no es el mismo hidalgo de Cervantes; entre el amante ideal de Dulcinea y el dislocado acompañante de Bárbara, media un abismo. Aquél es el natural, éste la caricatura; aquél el rostro, éste la careta; Cervantes pintó el retrato y Avellaneda lo presentó haciendo muecas.»

D. José de Armas y Cárdenas, en un libro titulado: «El Quijote de Avellaneda y sus críticos» (La Habana, 1884, en 4.º, de 90 páginas), da razonada cuenta de los críticos de Avellaneda, de las ediciones y traducciones de su «Quijote», de algunas otras imitaciones, nacionales y extranjeras, del «Quijote» de Cervantes, comparándolas con el de Avellaneda, y después de analizar con acierto las investigaciones de sus predecesores, dice: «Avellaneda es un enigma indescifrable.» «Por eso no he querido pesentar un nombre nuevo, sino examinar el «Quijote» tordesillesco y compararlo con el de Cervantes:» «Al hacerlo, no puede menos de parecer despreciable producto de un ingenio pequeño y mezquino; pero considéresele aislado, examínesele con otras obras de imaginación que se publicaron en su época, y se verá que es uno de los mejores ejemplos de la novela española en el siglo XVII.»

«Martín Quijada y Sancho el Remendón.» Artículo de D. César Moreno García.—(«Revista Contemporánea», 15 de Abril de 1896, Madrid.)

Dice que fray Luis de Granada ha sido tenido por el autor del falso «Quijote». Ignoro tal especie.

Consigna que Avellaneda falseó el carácter de Don Quijote y Sancho Panza. «Allí no se ve más que un hombre, Martín Quijada, que va, sin causa que lo explique, de un lado para otro, sirviendo de mofa..., y un escudero, imbécil más bien que ignorante, hambrón más que goloso..., que sigue a aquél demente sin esperanza ninguna, sin idea fija, sino como un autómatas...»

Reprueba justamente el Sr. Moreno García los pasajes indecentes y frases obscenas de Avellaneda, «que dejan atrás a muchas de las contenidas en esas novelas que han dado en llamar *naturalistas*.»

Cree el articulista que «el móvil de Avellaneda al componer la segunda parte del «Quijote», no fué disputar un pedazo de gloria al ilustre alcaalá, ni hacerle competencia de ninguna especie, ni arrebatarle su ganancia, conforme la mayor parte de los cervantistas aseguran, sino protestar, en cierto modo, del olvido en que incurrió Cervantes no mentando para nada en la obra las cosas de la religión única.»

«¿Cómo explicarse el empeño de Avellaneda en hacer que Martín Quijada, en cuantas ocasiones puede, venga o no de propósito, hable de asuntos religiosos, tropiece en sus aventuras siempre con frailes y sacerdotes, con canónigos y con hombres católicos, apostólicos, romanos, y tenga a cada paso en los labios el santo nombre de algún escogido del cielo?...» «El testimonio de Sancho, hijo de un sacristán teólogo, apoyará todavía más lo que sostenemos. ¿Por qué, si no, se nos muestra el Remendón conocedor de la lengua latina, en posesión del martirologio romano y entendido en historia bíblica, en vez de estarlo de los asuntos y de los libros que trastornaron el seso de su amo?»

Y siguiendo en esta hipótesis, dice el Sr. Moreno García: «1.º En efecto, Cervantes, y ésta es opinión de muchos cervantistas, atacó rudamente a la Inquisición en distintos pasajes de su «Quijote»... 2.º Cervantes emitió juicios que a la Santa Hermandad le parecieron herejes, y hubo de suprimirlos, por cuya razón no podemos juzgarlos... ¿no se propondría el fingido Avellaneda... desagaviar a aquel tribunal?»

Ambos argumentos son poco sólidos. En primer lugar, los

contados cervantistas (no muchos), que pretenden que Cervantes ridiculizó a la Inquisición, se fundan en la escena de la fingida muerte de Altisidora, pasaje de la segunda parte, que no estaba publicado cuando Avellaneda dió a luz la suya.

En segundo lugar, ignoro cuáles pasajes *hubo* de suprimir Cervantes por parecer herejes a los ojos de la Santa Hermandad. Supongo que no se referirá el Sr. Moreno a aquel pasaje expurgado en el cap. XXXVI de la segunda parte; pues repito que ésta no es probable que la conociese Avellaneda.

Digno remate de la materia, será el notable trabajo con que me ha favorecido D. Marcelino Menéndez y Pelayo, dedicándome la eruditísima carta insertada en el diario madrileño *El Imparcial* (15 de Febrero de 1897), con este epígrafe: «Una nueva conjetura sobre el autor del «Quijote» de Avellaneda».

Perdóneme mi excelente amigo si los límites del espacio destinado á este punto, me obligan a abreviar, con harto sentimiento mío, algunos de los pasajes de su trabajo, en el cual todo es substancioso.

«Sin convenir yo de ningún modo en las tardías y extravagantes reivindicaciones de Lesage, de Montiano, de Germond, de Lavigne y de algún otro traductor, editor ó crítico, dictadas unas por el mal gusto y otras por el temerario y poco sincero afán de la paradoja, todavía encuentro en la ingeniosa fábula de Avellaneda condiciones muy estimables, que la dan un buen lugar entre las novelas de segundo orden que en tan gran copia produjo el siglo XVII. No tiene su autor la poderosa fantasía, la fuerza trágica, el inagotable artificio para anudar casos raros y situaciones estupendas, que hacen tan sabrosa la lectura de las románticas y peregrinas historias de D. Gonzalo de Céspedes, cuyo temperamento de narrador se parecía un tanto al del viejo Dumas ó al del nuestro Fernández y González. No tiene tampoco las dotes de delicada y á veces profunda observación moral, de varia y amena cultura, de urbano gracejo y cortesana filosofía, que tanto resplandecen en los numerosos escritos del simpático y olvidado Salas Barbadillo. Ni con Castillo Solórzano compite en el vigor picaresco de las novelas festivas, ni en la varia invención y caprichosa urdimbre de los cuentos de amores y aventuras. Todos estos novelistas y otros que aquí se omiten, aventajan ciertamente al pseudo Avellaneda en

muchas cualidades naturales y adquiridas, pero no puede decirse que le aventajen en todas; y además suelen adolecer de resabios culteranos y conceptistas que en él no existen, ó son menos visibles. El decir de Avellaneda es terso y fácil; su narración clara y despejada, aunque un poco lenta; hay algunos episodios interesantes y bien imaginados; el chiste es grosero, pero abundantísimo y espontáneo; la fuerza cómica brutal, pero innegable; el diálogo aunque atestado de suciedades que levantan el estómago en cada página, es propio y adecuado á los figurones *rabelesianos* que el novelista pone en escena. Lo que decididamente rebaja tal libro á una categoría inferior, no solamente de la obra de genio que Avellaneda toscamente profanaba, sino respecto de otras muchas de aquel tiempo que no pasan de ingeniosas y amenas, es el bajo y miserable concepto que su autor muestra de la vida, la vulgaridad de su pensamiento, la ausencia de todo ideal y de toda elevación estética, el feo y hediondo naturalismo en que con delectación se revuelva, la atención predominante que concede á los aspectos más torpes, á las funciones más ínfimas y repugnantes del organismo animal. No es un escritor pornográfico, porque no lo toleraban ni su tiempo ni el temple de su raza, pero es escritor escatológico y de los peor olientes que puedan encontrarse.»

«Pero esta misma baja tendencia de su espíritu hace inestimable su obra, en cuanto sirve para graduar por comparacion ó más bien por contraposición los méritos de la de Cervantes. El continuador se apodera de los tipos creados por su inmortal predecesor, pero sólo acierta á ver en ellos lo más superficial, y en esto se encarna abultándolo en caricatura grosera. Ni el delicado idealismo del hidalgo manchego, ni el buen sentido de su escudero, salen bien librados de sus pecadoras manos, las cuales parece que tienen el don de ensuciar y mancillar todo lo que tocan.»

«Tiene, pues, el «Quijote» de Avellaneda, aparte de sus méritos positivos, si bien secundarios, el de ser una piedra de toque; que sirve al crítico y al intérprete de Cervantes para estimar y aquilatar debidamente lo que sólo al genio es dado crear, y lo que puede dar de sí la ingeniosa y experta medianía, aun aleccionada por tan grande ejemplo y procurando remedarle, como remeda el mono las obras del sér racional. Y sirve, además, para otra enseñanza estética, de carácter todavía más general, es á saber, para

mostrar práctica y experimentalmente la diferencia profunda que media entre el grande y humano realismo de un Cervantes ó de un Shakespeare (por ejemplo) y el *naturalismo* de muchos franceses modernos, en cuyas filas se hubiera alistado con grande entusiasmo el falso Avellaneda, si hubiese llegado á conocerlos. La «Terre» de Zola, por ejemplo, y este «Quijote» apócrifo, parecen libros de la misma familia.»

Entrando el Sr. Menéndez y Pelayo en el examen de las soluciones que se han presentado para averiguar el nombre del autor del falso *Quijote*, califica de débiles los indicios gramaticales que Pellicer y otros hallan para tenerle por aragonés y dice: «si no hubiera otros para tener por aragonés á Avellaneda, no sería yo ciertamente quien se atreviese á afirmar su patria. La afirmo sólo bajo la fé de Cervantes, que me parece imposible que la ignorase, á pesar de la forma un tanto dubitativa en que se expresa».

De acuerdo con Tubino, y con gran copia de razones, rechaza las opiniones de todos los que han atribuído a fray Luis de Aliaga la paternidad del *Quijote malo* y de la «Venganza de la lengua española»; y aduce estas nuevas y oportunas reflexiones: «¿Donde hay el menor indicio de que Aliaga pensara nunca en tales cosas, ni tuviese ningún género de relación con los grandes ingenios de su tiempo, á quienes acaso no conoció ni aun de vista y á cuyas querellas permaneció seguramente ajeno? Si Cervantes le hubiera ofendido (cosa de todo punto improbable porque Cervantes no cultivó la sátira política, única que podía herir á Aliaga, como le hirió con la pluma del conde de Villamediana), ¿no tendría á mano el iracundo y poderoso fraile medios más rápidos y eficaces de venganza que el continuar ó parodiar con tanta flema la obra de su enemigo, empezando por cubrirse el rostro con triple máscara?»

Prescinde también justamente de la conjetura que hace años apuntó don Adolfo de Castro sobre fray Alonso Fernández, elegante historiador de la ciudad de Plasencia.

Respecto a Andrés Pérez, autor de «La Pícara Justina», que Benjumea pretende que también lo es del falso *Don Quijote*, dice con razón el Sr. Menéndez y Pelayo: «opinión que resulta de todo punto inadmisibile cuando se leen juntas una y otra producción, tan disemejantes entre sí, que nadie por muy estragado que tenga el

paladar crítico, puede, sin evidente dislate, suponerlas de la misma mano. El que escribió «La Pícaro Justina» era hombre de poca inventiva, de perverso gusto y de ningún juicio, y en este concepto mereció la sátira de Cervantes, pero poseía un caudal riquísimo de dicción picaresca, y una extraña originalidad de estilo, en la cual cifraba todos sus conatos, esforzándose siempre por decir las cosas del modo más revesado posible, con mucho lujo de colores chillones y de abigarradas y grotestas asociaciones de ideas y de palabras, atento siempre a sorprender más que a deleitar, y más a lucir el ingenio propio que a interesar al lector con el insulso cuento de las aventuras de su heroína. De este modo consiguió hacer un libro estrafalario, obscuro y fastidioso, que pasa por muy libre entre los que no le han leído, aunque quizá no le haya más inofensivo en toda la galería de las novelas picarescas.»

«En este monumento de mal gusto, todas las cosas están dichas por los más interminables rodeos; y las descripciones, muy curiosas por otra parte, que el libro contiene, de la vida popular en León y comarcas limítrofes, yacen ahogadas bajo tal profusión de garambainas, paranomasías, retruécanos, idiotismos, proloquios familiares, alusiones enmarañadas y pedanterías de todo género, que el libro se convierte en *rompecabezas*, y a ratos parece escrito en otra lengua diversa de la castellana, no ciertamente porque el autor la ignorase, sino al revés, porque sabiéndola *demasiado* (si en esto cabe exceso), pero careciendo de discreción y gusto para emplearla, derrama a espuertas su diccionario, y quiere disimular su indigencia de pensamiento con el tropel y la orgía de las palabras. Era lo que hoy llamaríamos un *decadente*, pero tuvo la desgracia de nacer antes de tiempo y no formó escuela. Lo más tenebroso de Quevedo y Gracián parece diáfano en comparación con esta interminable charada novelesca, que afortunadamente no pasó del primer tomo, pero que según el plan de su autor debía tener muchos más.»

«Tal era el estilo que en sus obras de amenidad gastaba el demasiado ingenioso dominico de León. Cotéjese una sola página suya con otra cualquiera del *Quijote* de Tordesillas y el pleito que dará fallado sin apelación. Los defectos de Avellaneda son precisamente defectos contrarios a los de «La Pícaro Justina». Avellaneda es vulgar muchas veces, flojo y desaliñado otras, pero llano y transparente siempre. Dice lo que quiere decir, con giros de la len-

gua de todo el mundo, sin afectaciones ni retorceduras de ninguna clase. Sabe contar, sabe inventar chistosos incidentes y peripecias agradables, sabe ligar sus narraciones y graduar el interés de ellas. Es un novelista mediano, pero estimable en su línea. Fray Andrés Pérez nada sabe de esto; toda su riqueza consiste en palabras: sus cuentos no tienen pizca de gracejo, ni siquiera de aquella especie infima y chabacana, que en Avellaneda abunda tanto: sus narraciones lentas y desgarradas infunden sueño: su continua pretensión de agudeza y brillantez le hace romper el hilo a cada momento: y por último no hay en todo el libro arte de composición, ni siquiera rastro de él. Tampoco se puede decir que ambos autores se asemejen en sus infracciones a las leyes de la decencia artística y moral. Avellaneda es un escritor continuamente sucio, y algunas veces torpe y libidinoso. Fray Andrés Pérez, si se prescinde de algunas lozanas de expresión, toleradas entonces en todo género de libros de recreación y pasatiempo, es un escritor honesto y comedido, que habrá fastidiado a mucha gente, pero que de seguro no ha inducido a mal pensamiento a nadie, a pesar del título sospechoso de su libro, y de los encarecimientos y cautelas de su prólogo...

Refuta la opinión de Benjumea, quien vió en el *Quijote* tordesillesco una nueva venganza de Blanco de Paz contra Cervantes, y tras aquel personaje el misterioso poder del Santo Oficio, «empeñado en aniquilar la obra *liberal* de Cervantes, substituyéndola con otro *Quijote ortodoxo*.» «¿Y por dónde sabemos, dice el Sr. Menéndez y Pelayo, que Blanco de Paz viviera todavía en 1614? ¿Y por dónde podemos inferir fuera capaz de componer ningún libro bueno ni malo? ¿No tendría Cervantes en toda su vida más émulos que aquel indigno clerizonte a quien se hace demasiado favor con suponerle capaz de otra cosa que de viles delaciones?»

Harto conoció Benjumea lo deleznable de su conjetura, puesto que, según ya he dicho, la abandonó en 1875, publicando «El Mensaje de Merlín», en donde opina que Avellaneda fué el dominico fray Andrés Pérez.

Pasa luego el eminente crítico á combatir la especie, propagada por Germond de la Vigne, de que tras de Avellaneda, se ocultó Bartolomé Leonardo de Argensola. He aquí su juicio: «la principal razón que yo tengo para no admitir ni por un momento la atribución al Rector de Villahermosa, es el contraste evidente

y palmario entre la prosa de Avellaneda, expresiva y abundante, pero desaliñada, y con muy poco sabor de erudición ni de buenas letras, y la prosa de Bartolomé Leonardo de Argensola, cultísima, pulquérrima, quizá en demasía acicalada y pomposa, pero siempre rotunda y noble, como vaciada en moldes clásicos por uno de los ingenios españoles* más penetrados del espíritu del Renacimiento y más hábiles para aclimatar en nuestra lengua las bellezas de los antiguos. Confundir una página de la «Conquista de las Molucas» con otra del *Quijote* de Avellaneda, sería dar la más insigne prueba de ineptitud y de mal gusto. ¿En qué escrito de Argensola podrán encontrarse los provincialismos, vulgarismos y solecismos que en el libro de Avellaneda se han notado? Aragoneses eran uno y otro, pero ya dijo Lope de Vega, y la posteridad lo ha confirmado, que Argensola vino de Aragón á enseñar la lengua castellana. ¿Cómo el grave moralista había de caer en las torpezas que desdoran el libro de Avellaneda? ¿Cómo el delicado imitador de la culta urbanidad y suave filosofía de las epístolas y sermones horacianos, había de complacerse en los bestiales regodeos por donde corre desenfrenado el villano gusto de Avellaneda?»

A renglón seguido vienen estos notables párrafos concernientes al Fénix de los Ingenios:

«Más valedores cuenta la opinión de los que quieren hacer á Lope de Vega el triste regalo de este libro, que nada añadiría á su gloria y que rebajaría en gran manera su carácter moral, que ciertamente no fué irreprochable, como tampoco el de Shakespeare, sin que por eso dejen de ser uno y otro los más grandes poetas dramáticos del mundo.»

Después de hablar, en elocuentes párrafos, de las enemistades entre Lope de Vega y Cervantes (punto que hemos empezado a tratar ya [280] y que continuaré tratando en la sección «Censuradores de Cervantes»), prosigue su eruditísima argumentación:

«Sabida la enemistad más ó menos profunda y duradera entre Cervantes y Lope, no es maravilla que algunos hayan atribuído al segundo la composición del falso «Quijote», y que otros, sin llegar á tanto, le achaquen cierto género de complicidad en la publicación de este libro, fundándose especialmente en los elogios que de su persona hace el encubierto autor en el prólogo y en otras partes

de la novela, y en lo mucho que muestra dolerse de los ataques de Cervantes contra él.»

«Que Lope sea autor del *Quijote* de Avellaneda es cosa de todo punto inadmisibile. El estilo tan característico de esta novela nada tiene que ver con ninguna de las varias maneras que como prosista tuvo Lope. No se parece ni á la prosa poética y latinizada de «La Arcadia» y de «El Peregrino en su patria»; ni á la gallarda y elegante prosa histórica del «Triunfo de la fé en los reinos del Japón»; ni á la sabrosa, natural, expresiva y agraciada dicción de muchas escenas de la «Dorotea», que á ratos se atreve á competir con la misma «Celestina»; ni, finalmente, al truhanesco gracejo de las cartas familiares, que si honran poco al hombre, valen mucho por la ingeniosidad y el chiste. Pero aun en esta correspondencia secreta, donde el gran poeta rompe desgraciadamente todo freno, nada hay que se parezca á la torpe grosería de Avellaneda. Y cuando escribe para el público, hasta cuando traza cuadros de malas costumbres, que no podían faltar en su inmenso teatro, si había de ser, como es, trasunto completo de la comedia humana, procede con cierta parsimonia y buen gusto que jamás conoció Avellaneda. Así en «La Dorotea» misma, en «El anzuelo de Fenisa», en «El Rufián Castrucho», en «El Arsenal de Sevilla». Nunca en sus más libres desenfadados se confunde la noble musa de Lope y de Tirso con el brutal realismo de Avellaneda, que es propio y peculiar suyo entre todos los autores de aquel siglo.»

«Si Lope no escribió el *Quijote* de Avellaneda, ¿pudo inspirarle á lo menos? La posibilidad no se niega; pero el hecho es inverosímil. En 1605, año de la publicación del *Quijote*, empieza la correspondencia autógrafa de Lope con el duque de Sessa, y continúa hasta 1633, dos años antes de la muerte de Lope, y muchos después de la de Cervantes. Pues bien, en esta enorme y reservada correspondencia, donde Lope procede sin ningún género de disimulo y hace las más tristes confesiones; en esta correspondencia, donde, por otra parte, abundan tanto las noticias literarias, políticas y de todo género, no hay una sola palabra que se refiera al *Quijote* de Tordesillas ni á su autor. Esforzando el argumento negativo, podría dudarse hasta de que Lope hubiese visto el libro impreso en Tarragona, que los contemporáneos, como es sabido, miraron con la mayor indiferencia... «¿Cómo era posible que un

libro de Lope, ó inspirado ó patrocinado por él, no excitase por lo menos la curiosidad, teniendo además, como tenía, las cualidades literarias que es imposible negar al *Quijote* de Avellaneda?»

«Que Avellaneda era admirador de las *estupendas é innumerables comedias* de Lope de Vega, bien á la vista está desde las primeras líneas de su prólogo. Pero ¿qué español (fuera de algún pedante como Torres Rámila) dejaba de admirar entonces el prodigioso ingenio de Lope? La voz del oscuro Avellaneda no era más que una de tantas como se alzaban en esta apoteosis de un poeta que, á haber nacido en las edades heroicas, hubiera tenido templos y sacerdotes como Homero.»

«No creo necesario detenerme á impugnar la paradoja que por mero juego de ingenio, si no me equivoco, sostuvo en 1874 don Adolfo de Castro, atribuyendo el apócrifo *Quijote* al insigne poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcón.»

«Nuestro amigo el Sr. Castro hizo alarde una vez más del prodigioso conocimiento que tiene de la literatura española del siglo XVII, pero no convenció, ni podía convencer á nadie, ni quizá él mismo estaba convencido de lo que sustentaba. No puede haber antítesis más completa que la del soez y desvergonzado Avellaneda, y el delicadísimo poeta terenciano, el suave y profundo moralista, el intérprete más humano del ideal caballeresco, el más reflexivo y correcto de los ingenios de su tiempo, el que menos concesiones hizo ni al vulgo ni al torrente de la improvisación. El sentido de belleza moral que se difunde como escondido aroma por todas las venas del teatro alarconiano; el alto y generoso concepto de la vida que en él resplandece; el sello de distinción aristocrática que sin esfuerzo le realza; la continua pulcritud de pensamiento y de expresión que sólo en alguna comedia de su juventud puede echarse de menos, son dotes y condiciones tales que hacen ética y estéticamente imposible que Alarcón pudiera escribir ni una sola página de las que llevan el nombre del licenciado tordesillesco. Y como la vida de Alarcón estuvo en perfecto acuerdo con la doctrina de sus escritos, tampoco se le puede achacar la vileza de haber injuriado, sin motivo ni provocación, á Cervantes, de quien no consta que fuese ni amigo ni enemigo, y á quien sólo pudo alcanzar en sus últimos años, puesto que Alarcón volvió de Méjico en 1611. Y aunque generalmente se supone que ya ha-

bían tenido relaciones literarias en Sevilla, en 1606, todo el crédito de esta aseveración estriba en que sea de Cervantes la carta descriptiva del festejo de San Juan de Alfarache, lo cual podrá parecer más ó menos verosímil, pero dista mucho de ser artículo de fe, puesto que sólo se funda en coincidencias de estilo, que cada cual ve y entiende á su modo.»

.....

(Hasta promediada la página 272, el Sr. Rius copia cuantos párrafos del Sr. Menéndez Pelayo se ocupan de su candidato, *Alfonso Lamberto*, muchos de los cuales hemos copiado y comentado, como recordarán nuestros lectores. No siendo prudencial insistir más acerca de dicho particular, habremos de argüir que, respecto a los *versos preliminares* de que hicimos referencia, el Sr. Rius extremaba la hipótesis, conjeturando que Cervantes al propio protagonista se refería, «apaleado vegadas mil por mozos, yangüeses, y por toda clase de *follores cautivos*». Es el único lunar que encontramos, en cosa tan saliente y *pronunciable*, y que forzosamente censuramos en la obra monumental del cervantista catalán, malgrado para las letras españolas: las reticencias evidentes no requieren esfuerzo alguno para la comprensión.)

Sigamos copiando:

«432.—Algunas observaciones sobre el *Quijote* de Avellaneda.

Art. de D.^a Blanca de los Ríos de Lámperez en «La España Moderna», revista de Madrid (Mayo de 1837).

En el momento de entrar este pliego en prensa llega a mis manos el trabajo de la laureada escritora, y sólo podré dar de él rapidísima cuenta. Siento no poder, por tal motivo, rebatir una por una las aseveraciones de la erudita Sra. de los Ríos, tarea que, por lo demás, sería fácil, porque ninguno de sus argumentos se halla probado.»

Todo son meras conjeturas; algunas de ellas ingeniosas, pero conjunto sin base fundamental,

1.^a Supone Doña Blanca que Cervantes tomó por tipo de su Sancho a fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina); y que éste para vengarse escribió el falso *Quijote*.

2.^a Dice: «que el *Quijote* de Tordesillas está escrito por un discípulo y allegado de Lope, a quien dolieron las injustas censuras de Cervantes al teatro del Fénix; pero, que por toda la obra circu-

la una marcadísima corriente satírica contra Lope, y se manifiestan alusiones tan claras y evidentes que no dejan lugar a duda de que quien escribió el libro tenía por objeto, tanto el contradecir a Cervantes como el zaherir a Lope.» Nada de esto resulta del Quijote de Avellaneda.

Continúa afirmando la autora que «Tirso se arrojó á defender desde sus primeros pasos el drama nacional y la escuela de Lope, jactándose de que de los dos bandos que disputaban sobre el teatro, él seguía el de los discretos, que era como notar de lo contrario á Cervantes, que acaudillaba el bando opuesto.» Y para demostrar su afirmación, cita una multitud de pasajes de las obras de Tirso, pretendiendo que en ellos hay «innumerables alusiones y desahogos contra Cervantes». Permítame la erudita escritora que le diga que todo ello es pura imaginación.

Para afirmarse en su creencia, supone D.^a Blanca que Cervantes en la segunda parte de su novela carga la mano contra Sancho, el hijo de su fantasía, y esto lo hace para vengarse del modelo viviente, que era Tirso. Precisamente es todo lo contrario; porque la figura de Sancho en la segunda parte del «Quijote» resulta más grandiosa, más noble y más sesuda que en la primera.

Pretende que «desde los primeros capítulos (de la parte II), fustiga Cervantes a los poetas satíricos, etc., y alude embozadamente a Avellaneda, y repetidamente a Tirso.» Premisa falsa, porque Cervantes, cuando vió el «Quijote» de Avellaneda, había ya escrito la mayor parte del suyo.

Mas es inútil continuar rebatiendo conjeturas. Terminaré, pues, presentando dos pruebas negativas:

1.^a Tirso de Molina, en sus «Cigarrales de Toledo», dice, de un modo noble y solemne que a Cervantes se le debía considerar como el Boccaccio español; esto es, como el mejor novelista de España. (A igual altura colocó Quevedo a Cervantes, según veremos en la sección «Popularidad de Cervantes».)

2.^a Si a Tirso se le considera como uno de los mayores creadores de caracteres ¿cómo puede ser el encubierto Avellaneda, que no sabe crear ningún tipo, ningún carácter, ni siquiera mediano; y que, al contrario, desfigura y rebaja los caracteres, cuyos moldes halló?

Y ¿cómo puede compararse el estilo ameno, culto, florido de

Tirso y su lenguaje mágico y encantador, con el estilo seco y pobre y el lenguaje descuidado de Avellaneda?»

(En lo que resta de la página 273, en toda la 274 y en pequeña parte de la 275 de la magnífica obra que venimos copiando, de don Leopoldo Rius y Llosellas, a grandes rasgos se cita la obra de Alfonso Gerónimo de Salas Barbadillo, titulada «El Caballero puntual», y que se publicó en Madrid el mismo año 1614, en que se publicara, en Tarragona, la del émulo de Cervantes.

El autor de la «Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra» no repara, tanto en aquella obra como en las demás de Salas Barbadillo, más que en «un aire de imitación al estilo cervantino»; pero bien desentrañadas y mejor analizadas, en especial ésta de que nos ocupamos, contienen un informe de crítica mordaz sobre Cervantes, formulada poniendo reparos encubiertos al lenguaje del «Don Quijote» auténtico.

Y para corroborar que ello es así, que no está dicho a *humo de pajas* lo que apuntado queda, obsérvese que «El Caballero puntual» está dirigido al «Exmo. D. L. Fernandez de Cordoua..., Dvque de Sessa», Mecenas de Lope de Vega y uno de los poderosos individuos que formaban la coalición anticervantina. No es de extrañar que Salas Barbadillo, mojando su pluma en la mejor tinta del *maquiavelismo* a ultranza, con la más *inocente sencillez*, por boca de «El auentajado en sangre don Juan de Toledo, Cauallero auenturero de la Corte», personaje por aquel escritor festivo creado, se extendiera dando reglas a Don Quijote (a Cervantes en realidad), con el fin de convertirle en un *vividor*.

De modo que Salas Barbadillo, *inocentemente* en Madrid; fray Alonso Fernández, *resueltamente* en Tarragona, para no molestar demasiado al Inquisidor General, en el mismo año y escribiendo con la preconcebida intención de asaetear epigramáticamente al desventurado Cervantes, reclaman de la opinión general sus favores, que ni al uno ni al otro escritor les son otorgados.

Pesaba mucho la balanza de la justicia por el platillo del arte cervantino, de sus altos valedores y de la sensatez popular que apreció y aquilató con gran oportunismo los grandes méritos del hijo de Alcalá.)

Suplemento segundo

Varias reflexiones a la ligera sobre el anterior suplemento, y, como es consiguiente, a lo copiado de la Bibliografía crítica de las obras de Cervantes.

Remachando el clavo.

El «Juicio de la Obra» de la segunda edición española del *Quijote* de Avellaneda, en lo que concierne a que se atribuya labor de copia a Cervantes por haberle precedido la obra de su rival, no tiene base alguna de sustentación: como Avellaneda no hizo creación artística ni de caracteres, y de tal particularidad hablamos en el capítulo XVII de nuestro «Ensayo», mal pudo ser copiado.

Respecto a la tercera edición, aun con supresiones y expurgos, decimos lo propio: Avellaneda queda muy por bajo de su contrincante. Desprendiéndose de sus grandes trabajos de erudición, fray Alonso Fernández pudo hacer una obra literaria más completa. No podemos conjeturar, como Nicolás Antonio, si Avellaneda carecía de facultad creadora para continuar la obra de Cervantes.

Mucho podríamos hablar sobre la traducción de Lesage (1), de la cual, con profusión de datos, habla D. Leopoldo Rius en el tomo II de su obra, págs. 291 a 296; nos limitaremos a decir que siendo la traducción francesa, corregida y trastocada, un *savoir faire* francés, todos los que, desde los autores del «Diario de los Sabios», pasando por D. Blas Nasarre, hasta Germond de Lavi-

(1) Nouvelles | aventures | de l'admirable | Don Quichotte | de la Manche, | composées | *Par le Licencié* | Alonso Fernandez de Avellaneda: | Et traduites de l'Espagnol en François, | pour la première fois. | A Paris, | Chez la Veuve de Claude Barbin, | au Palais, sur le fecond Perron | de la Sainte Chapelle. | MDCCIV. | Avec Privilege du Roy. Dos tomos en 12.º

gne, fundaron favorable opinión sobre el *Quijote* tordesillesco, están *miopes* intelectualmente: *no ven* en la obra de Cervantes una sucesión de estados de ánimo, prescindiendo de la creación, estilo y estudios de costumbres, presentados con la dicción irreprochable de quien abarcó tan grandes horizontes mentales que nadie por completo ha podido traslucir.

D. Gregorio Mayans acertó que el émulo de Cervantes era poderoso, no tanto como prejuizgaba; se equivocó de medio a medio suponiendo que el autor de «*Rinconete y Cortadillo*» no quiso nombrarle.

El P. Murillo y cuantos de Pellicer para abajo sospecharon que Avellaneda fué eclesiástico, estuvieron en lo firme.

D. Vicente de los Ríos anduvo desorientado cuando dijo que el licenciado tordesillesco «era compositor de comedias». Hubiera dado en el clavo diciendo que el autor de comedias (Lope de Vega), satirizado despiadadamente en la primera parte del *Quijote*, influyó para inspirar a aquél, organizado, o por organizar, el célebre *bloque* de que ya hicimos referencia.

Cervantes dió pruebas de estar enojado contra su rival como malició D. Juan Martínez Salafranca. Casi es de suponer que fué más hábil que Avellaneda, con serlo éste mucho dentro de los distintos pasajes de su obra. Prólogo por prólogo, conceptos contra conceptos, no pueden ser tema de controversia: los cervantinos rayan a gran altura por su elevación de ideas. Ello fué la verdadera causa que contribuyó, o contribuiría, a desterrar el mal engendro tarraconense.

El espíritu regional cegó la inteligencia de Don Juan Antonio Pellicer cuando atribuyó al encubierto autor el ser aragonés. Le cupo la satisfacción de haber aportado con su tesis un elemento de gran eficacia para el esclarecimiento de la paternidad del libro tarraconense. Los certámenes de Zaragoza son el punto de partida.

La opinión de Cean Bermúdez sobre achacársele al dominico Blanco de Paz, enemigo encarnizado de Cervantes en Argel, la obra del licenciado tordesillesco, merece el ocuparnos de ella con cierta extensión.

También nosotros fuimos partidarios de atribuir la paternidad del «*Quijote*» *malo* a aquel energúmeno de hábitos blancos; no podíamos desprendernos del poder sugestivo de la leyenda de odio,

verdaderamente africano, tejida a expensas de Blanco de Paz. El señor Rodríguez Marín nos facilitó tan curiosos como ignorados pormenores de la vida de Blanco de Paz, posterior a aquella época en que sufrió cautiverio en Argel con Cervantes, que nos obligó a considerar por completo apartado al fraile dominico de toda idea de relación con el libro fracasado apenas nacido en Tarragona.

D. Martín Fernández de Navarrete llega a ahondar más diciendo que Avellaneda fué «compositor de comedias, dominico y aragonés». (Después de los dos ilustres cervantistas Mayans y Pellicer, a quienes copia bastante, pero supera en arte y documentación; después de aquel alarde de lirismo cervantista de don Vicente de los Ríos, nadie, salvando los errores sobre Avellaneda y ciertas interpretaciones, ha biografiado mejor a Cervantes.)

Don Diego Clemencín, el mejor comentarista después del actual patriarca de las letras españolas, Rodríguez Marín, analiza con razonados argumentos y suponiendo, erróneamente, que Avellaneda fué aragonés, marcha tras de las huellas de los cervantistas anteriores.

Causa sentimiento que don Adolfo de Castro esboce tan sólo quién fué el émulo de Cervantes, después de señalar al confesor del rey, fray Luis de Aliaga, sin perjuicio de achacar a Juan Ruiz de Alarcón la paternidad del «Quijote» falso. El señor Menéndez Pelayo ya hemos visto con qué acierto combatió y pulverizó los dictámenes de todos los cervantistas que le precedieron; pero el referente a fray Alonso Fernández no contiene más que cuatro frases triviales, como las del propio don Adolfo de Castro, quien, abogando por su último candidato, dijo en «Varias obras inéditas de Cervantes», en nota de la página 219:

«La circunstancia de ser *Fray Alonso Fernández* escritor religioso, dominico y muy ferviente devoto del Rosario, parecía atraer sospechas hacia su persona; pero otros hechos de su vida no concuerdan con la idea del Avellaneda que Cervantes nos dejó en la segunda parte del «Quijote».

El Sr. Castro, referiase únicamente a que fray Alonso Fernández era placentino y no aragonés. Con esta suposición, muchos cervantistas se han descarriado, por atribuírsela a Cervantes, el cual, en realidad, no afirmó sobre esto nada en concreto; fueron frases que no aseguraban nada determinadamente, aunque lanzaran el car-

go mayor que se podía lanzar contra fray Luis de Aliaga, como *inspirador*. Eran alusión a que sabiendo quién fué el que escribió el «Quijote» apócrifo, no ignoraba que el interesado en contestar a sus donosas burlas, admoniciones contra las ambiciosas miras, era el propio fray Luis de Aliaga. Solamente el duque de Sessa podría haber tratado, y trataría en efecto, de replicar a los crueles cargos que se le infirieran en el «Quijote» verdadero; pero como no podía elevarse a mayor altura de la que estaba colocado, ni sus ambiciones revistiesen las gigantescas proporciones que imprimía el confesor del rey a sus actos todos, pues trataba de sobrepasar al propio duque de Lerma, valido del monarca, ni siquiera es presumible que se tomara la molestia de manejar todos los resortes que manejó el ambicioso fraile dominico.

Todos los demás que intervinieron en aquella conjuración contra los poderosos protectores de Miguel de Cervantes Saavedra no eran guiados por la propia soberbia, con serlo bastante la de Lope de Vega y la de los hermanos Argensolas. El Padre Predicador Alonso Fernández, caído en desgracia, desterrado, ultrajado y empobrecido el ex confesor fray Luis de Aliaga, brilló con luz propia, aun sin ser la Orden dominicana tan influyente como lo fué hasta entonces.

Muerto Cervantes y muerto el Inquisidor General anterior, don Bernardino Sandoval de Rojas, fray Luis de Aliaga y sus satélites no pudieron desquitarse a su gusto contra el «Quijote» inmortal, suprimiendo tan sólo unas pocas frases en el «Índice Expurgatorio» de que ya tratamos. Si fray Luis de Aliaga se hubiera encontrado caído, pero con su Orden imperante, sin el triunfal antagonismo de los Jesuitas, que fueron subiendo como la espuma, tal vez «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» hubiera sufrido las iras del poco escrupuloso dominico, al cual, sin embargo, cabe rendírsele justicia por no apadrinar la conducta sinuosa del tétrico Blanco de Paz.

A la circunstancia de ser los dominicos menos poderosos, debemos prestar atención cuando se habla del poco éxito del «Quijote» de Avellaneda, deduciéndose que las comunidades enemigas de la de los hijos de Santo Domingo, prestaron calor y apoyo a la obra sorprendente del «Manco de Lepanto». Los enemigos de la Iglesia y de la Inquisición están de pésame: los frailes mismos han

hundido en el polvo al «Quijote» vilipendiado, paseando en triunfo al genio de Cervantes.

Nos hemos apartado de nuestro propósito; impugnando a Don Adolfo de Castro, nos proponíamos continuar examinando sus razones en contra de nuestro pretendiente. En la pág. 200 de la obra citada decía el erudito escritor: «Al morir (Cervantes) un año después de la publicación de la segunda parte del «Quijote», dejó inédito un libro. Pues bien, nadie ha advertido, ni yo hasta ahora, que el Fernández de Avellaneda está designado en él ingeniosa y doctamente, y con tal claridad, que es segura la evidencia.»

Se refería don Alonso de Castro al «Persiles y Segismunda.» No obstante, en la pág. 235 se pregunta a quién quiso aludir Cervantes al citar un peregrino «que va recogiendo aforismos ajenos para publicar un libro con ellos», y en la pág. 260 insinúa que «El libro de aforismos ajenos, en el cual se hallaba la firma de un *Diego de Ratos, corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas*, es el de los «Proverbios morales y enigmas filosóficas», del doctor Cristóbal Pérez de Herrera, en donde se leen versos de don Juan Ruiz de Alarcón, corcovado, zapatero, remendón del «Quijote», en *Tordesillas.*» Manifestaciones que brotan de la pluma del señor Castro con otras razones ingeniosas, de las cuales nacen los fundamentos de su conjetura *alarconiana*.

Coincidiendo con tal apreciación, los ilustres cervantistas don Adolfo Bonilla San Martín y don Rodolfo Schevill, dicen en la edición del «Persiles y Segismunda», publicada por dichos señores en Madrid (1914), en la pág. 314, refiriéndose a la pág. 209, línea 18, del mismo tomo II: «Si se observa que el aprócrifo «Quixote» tordésillesco había salido a luz en 1614, y que, en la segunda parte del auténtico (1615), Cervantes se mostró quejoso de la conducta de su continuador, no será aventurado suponer que esta mención del *zapatero de viejo, corcovado, natural de Tordesillas*, envuelve alguna alusión al incógnito Avellaneda.»

En el suplemento anterior, por la refutación del señor Menéndez Pelayo (de la cual poco aprecio han hecho los señores Bonilla y Schevill), hemos comprobado la base deleznable en que se sustenta la teoría *alarconiana*.

Don Bartolomé José Gallardo y don Cayetano Rossell, sin apartar de sí la venda de los ojos, aprecian que fray Luis de Aliaga

es el émulo de Cervantes, confundiendo la causa con el efecto.

Fray Alonso Fernández era placentino y, demostrado el conocimiento que tenía de la imperial ciudad, pues fué seguro que residió en ella el año 1611, bien podía descender de Aragón. Respecto al nombre con que firmó el engendro tordesillesco, podría suceder que agregara un segundo apellido imaginario, que había buenas las frases cervantinas, o un apellido de antecesores suyos, como le ocurría al propio Cervantes. (Debemos afirmar que indudablemente más se refería el ingenio alcaíno a fray Luis de Aliaga que a fray Alonso Fernández.)

Además de que la consigna del Inquisidor General sería terminante sobre dicha alusión, ¿es preciso reseñar las tristes andanzas del cautivo de Argel pretendiendo empleos o encontrando molestias y encarcelamientos como alcabalero, debido, sin duda, a la guerra sorda del implacable dominico confesor del rey Felipe III? Recordemos que los méritos de Cervantes en Lepanto, según citaron Mayans, Pellicer y Navarrete, no lograron otra recompensa que las memorables palabras «busque en qué se le haga *merced*».

Lo que no juzgamos presumible es que se hallara en Tarragona fray Alonso Fernández cuando publicó su falso engendro qui-jotesco; deduciéndose de este hecho que se deslizaran en su obra, por no poderlas enmendar o corregir, erratas o modismos propios de aquella época, y de catalanes y aragoneses, como antes que nosotros dijeron don Adolfo de Castro y don José María de Asensio. Esto no quiere decir que abandonemos nuestra opinión de que dichos modismos, incluso los solecismos que se atribuyen a Avellaneda, no obedezcan a las razones que tenemos dichas.

En prueba de que no iban apartados de la senda intencional del «Quijote» cervantino los comentaristas que en ello repararon, aunque confundieron el móvil principal, cumple a nuestro objeto hacer nuestras cuantas indicaciones sobre Aliaga se encuentran en la obra inmortal. Una de ellas es el entrar Don Quijote y Sancho en Barcelona, siendo la rechiffa de los *nyebits* (1) de aquel entonces, que colocaron sendos manojos de *Aliagas* en las colas del rucio y Rocinante, y fueron causa de que dieran con sus dueños en tierra y de que Don Quijote se apresurara, del mismo modo que Sancho,

(1) No podemos asegurar que esté bien escrita la palabra *pilluelos* en catalán.

a quitar el *plumaje* de la cola de su matalote. Otra alusión a fray Luis de Aliaga es la que encierra el capítulo XXXI de la segunda parte del «Quijote», refiriéndose al *grave eclesiástico* de los duques y de la cual haría copartícipes a los hermanos Argensolas.

Cervantes empleaba toda clase de recursos ingeniosos: desde el que mortificaba a varios individuos con una sola caricatura, para que todos a la vez no pudieran querellarse en público, o para que los distintos cenáculos a que concurrían se dieran cuenta cabal de la sátira cervantina, hasta el que extendiera el radio de acción del epígrama a varios personajes de la obra, siendo uno tan sólo el sujeto a quien se aplicaran las mordacidades de todos en conjunto. Fray Alonso Fernández pudo haber sido retratado de esta manera con uno de los protagonistas de la obra y con Sansón Carrasco, que llega a contender, en las lides literarias más que en las campañas de sus aventuras y calamidades, con aquel Don Quijote que con el nombre de Martín figura en la obra de Avellaneda.

Don Cayetano Alberto de la Barrera fué quien primeramente hizo recaer la atención sobre el Alfonso Lamberto de los certámenes de Zaragoza, siendo, por tanto un precursor de D. Marcelino Menéndez Pelayo y uno de los cervantistas, quizá de los menos importantes, que aportaron su «granito de arena» al edificio de nuestras conjeturas.

Don Francisco M. Tubino ya vemos que nos facilitó la ocasión de que apreciáramos la imposibilidad de que escribiera fray Luis de Aliaga el falso «Quijote».

Censuramos los comentarios de D. Nicolás Díaz de Benjumea no porque emitan la posibilidad de que Avellaneda y Blanco de Paz fueran una misma persona, pues nosotros podríamos aceptar hasta el ser el último intermediario con aquel otro fraile, o con fray Luis de Aliaga, si éstos no hubieran apartado de sí a tan antipático personaje; los censuramos por ser un despropósito el cargar un tanto, o muchos tantos, de culpa a la Inquisición y a los frailes (todas las comunidades en general) de la enemiga contra Cervantes y su libro. Con haber sido el autor del «Quijote» apócrifo fray Alonso Fernández y haber ultrajado cruelmente las venerables canas del «Manco de Lepanto», no culpamos a este dominico de sus desafueros; a quien zaherimos, condenando enérgicamente su conducta, como la condenó moribundo el monarca de quien fué confesor,

es a fray Luis de Aliaga, que ejerció presión sobre aquel erudito escritor. Tampoco comprendemos en nuestro anatema a la orden dominicana, de la cual hizo el mayor elogio el Papa Paulo V cuando preguntaba hacia qué punto caía la universidad salmantina, poblada de catedráticos dominicos, para bendecirla a distancia. Las inculpaciones de móviles bastardos no pueden corresponder a otros individuos (como no sea a Lope de Vega, y también menos ostensiblemente), ni a otras fundaciones religiosas, ni a la propia Inquisición, de cuyo ascendiente matritense hubo de ponerse a buen recaudo la obra del enojado émulo de Cervantes.

Poco hemos de decir de D. Ramón León Mainez. En efecto: cabía sospechar, como este señor estimó viable, ateniéndose a la rivalidad entre Lope y Cervantes, jefes respectivos de los dos bandos literarios de que hablábamos en el Prólogo, de que el primero hubiera sido el adelantado continuador del «Quijote».

Recomendamos la lectura de las páginas 243 y 244 (número 390) del tomo II de la «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes», de don Leopoldo Ríus, en las que se formula severos y fundados juicios sobre el artículo de Mister H. Randon Brown contenido en los números 2.372 y 2.373 de la revista inglesa «The Athencœum», correspondientes a los días 12 y 19 de Abril de 1873. Los disparatados juicios del articulista podrían incorporarse a las presunciones que se han establecido desde don Juan Bowle hasta Rodríguez Marín e Icaza sobre los que estos últimos señores llaman «modelos vivos» de Cervantes.

No hemos podido leer la biografía cervantina y el examen del carácter y personalidad del «Regocijo de las Musas», escudriñando sus sentimientos y creencias, de Fitzmaurice-Kelly, y por consiguiente nos reservamos nuestra opinión, que sin duda habría de ser tan efusiva como la que Ríus dedica al eminente hispanófilo en las páginas 126 a 128 del tomo II de la obra tantas veces citada.

Y extendiendo un velo sobre la opinión del señor don José Pin y Soler; reconociendo que don José María Asensio nos ha antecedido en el juicio sobre la maravillosa inventiva de Cervantes; alabando la erudición de doña Blanca de los Ríos de Lampérez; prescindiendo de otros comentarios, nos resta decir algo sobre lo manifestado en nuestra controversia *unilateral* con don Marcelino Méndez Pelayo, que olvidamos en sazón oportuna.

El autor de «Las Ideas estéticas en España» concretó que dónde existían indicios de que fray Luis de Aliaga conociera, «ni aun de vista», a los grandes ingenios de su tiempo. Rechazamos de plano tal aseveración. ¿Es factible que este fraile, tan encumbrado, tan conocedor de la vida mundana y de la vida palatina, en cuyo centro vivía como el pez en el agua, ignorara y desconociera que existían dos hombres, Cervantes y Lope de Vega, que monopolizaban la atención pública? Hacemos caso omiso de los antagonismos y rivalidades que mediaran entre ambos ingenios, que tanto él como el duque de Sessa pudieran alentar, ¿cómo es posible que nunca oyera hablar de las comedias de Lope a aquellas damas almibaradas que se regalaban los oídos con los líricos acentos del «Monstruo de naturaleza»? ¿cómo es incierto que no fuera conocedor de las propias frases del monarca, cuando, contemplando la lectura de un estudiante, aseguraban que las carcajadas de éste eran causadas por estar demente o por estar leyendo «El Ingenioso Hidalgo de la Mancha»?

Don Marcelino Menéndez Pelayo en más de una ocasión ha ponderado como erudito y bibliógrafo a don Adolfo de Castro. Pues bien; si viviera el insigne crítico santanderino, nosotros le recordaríamos la pág. 348 de «Varias obras inéditas de Cervantes», en donde dice el último crítico aludido que fray Luis de Aliaga mantenía tratos con poetas y comediantas. Si el hecho es falso, necesitaríase haberlo probado, y que nosotros sepamos, nadie ha pretendido tal cosa. Varios años hace que leímos un artículo de un padre jesuita en la revista «Razón y Fe» sobre el «Fénix de los Ingenios» (1), en cuyo artículo se nos antoja que hubimos de leer el gran predicamento de Félix Lope de Vega Carpio en la Corte española, antes y después de abrazar el sacerdocio. Martínez de la Rosa un algo hubo de escribir sobre dicho particular, que desde Mesonero Romanos, en el «Semanario pintoresco español», hasta Fíguro, en el «Guirigay», de don Manuel María de Gutiérrez, catedrático de «Economía política» en la Universidad madrileña por los tiempos de Fernando VII, ha sido objeto de brillantes disertaciones (2).

(1) La fecha fué del 1902 a 1905. Tenemos trasapelada la nota.

(2) Doña Blanca de los Ríos hace gran acopio de citas sobre la biografía de Lope de Vega en su erudita obra «Menéndez Pelayo y la Dramática Nacional». Por esta

Quedamos, pues, en que el autor de los «Heterodoxos» tuvo un olvido lamentable y en que fray Luis de Aliaga conocía a entrambos ingenios, tratando, indudablemente, a Lope de Vega.

Léase con detenimiento los paralelos críticos que establece don Marcelino Menéndez Pelayo con Avellaneda y el dominico Andrés Pérez, autor de «La Pícará Justina»; con Avellaneda y Bartolomé Leonardo de Argensola, autor de la «Conquista de las Molucas», y con Avellaneda y Lope de Vega. Por dichos paralelos se colige que la obra de Avellaneda, el falso «Quijote», no puede atribuirse a uua nulidad ni a ningún escritor mediocre. Hablando de la «Pícará Justina» procura desligarla de haber «*inducido a mal pensamiento a nadie, a pesar del título sospechoso de su libro, y de los encarecimientos y cautelas de su prólogo.*» Hablando de Argensola júzgale incapaz de ser el autor del Quijote tarraconense, por tener aquel fama de prosista impecable y de grave moralista. Hablando de Lope cita como descargo principal el hecho de no mencionar la obra avellanedesca en la correspondencia que sostuvo con el duque de Sessa.

Aunque la «Pícará Justina» fuese más *naturalista* que las de Zola o más *verde* que las de Paul de Kock, bien podría estar escrita por un *grave moralista*, como lo fué el dominico Mateo Bandello.

obra nos enteramos de que los primeros y excelentes biógrafos del «Monstruo de naturaleza» fueron D. Cayetano Alberto de la Barrera (Tomo I de las «Obras de Lope», publicadas por la Real Academia Española) y los señores Tomillo y Pérez Pastor que dieron a conocer el «Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos» (Madrid, 1901). Proceso que evidencia el sentido autobiográfico de la «Dorotea» y tiene singular importancia de la vida y obras de Lope». También nos informa con minuciosidad la insigne escritora (pág. 32 de la obra citada), que Menéndez Pelayo fué el gran panegirista e historiador de Lope; que realizó una labor colosal, según puede comprobarse en las «Observaciones preliminares» que estampó el sabio polígrafo en el tomo II de las «Obras de Lope de Vega» (pág. 34 de aquella obra). Y por complemento, veamos lo que dice la señora de Lampérez en la página 35 de la misma obra:

«Profundamente penetró el maestro de nuestra crítica (Menéndez Pelayo) en la psicología complicada de aquel magno Lope, melancólico é imaginativo, megalómano y neurótico, insaciable de triunfos y grandezas, soñando siempre blasones y laureles, amontonando torres en su escudo y citas de filósofos y autoridades en las márgenes de sus libros; poniendo a sí y a sus *Dulcineas* «nombres altos, sonoros y significativos»; solicitando prólogos y sonetos de *duques, marqueses y obispos*; asustado de desagradar a los extranjeros y codicioso de agradar al «vulgo necio»; admirado hasta la idolatría, y siempre ferido de punta de envidia y de celos; teniéndose a sí

Fray Alonso Fernández, volviendo la oración por pasiva, fué conceptuado también como grave moralista, concepción que asimismo merecería fray Andrés Pérez, y en el «Quijote» que aparecía como de autor anónimo, se hizo eco de las formas de expresión de la mayor parte de sus contemporáneos. Recomendamos la lectura de su «Historia de la ciudad de Plasencia», precisamente la obra que le produjo a Menéndez Pelayo tan grata impresión. En dicha obra, que concuerda con la «Historia eclesiástica» y con el «Quijote» de Avellaneda, haciendo historia de los abusos, deshonestos bastantes, de los religiosos encargados de purificar la atmósfera placentina corrompida, recuerda en pequeña parte (por tratarse de una obra religiosa), parecidas escenas de la obra tarraconense.

Respecto a no haber dejado Lope ni el duque de Sessa rastro de su conjura contra Cervantes, habrá de explicarse por el influjo que con su obra adquirió el cautivo de Argel, y por el temor de que conservando pruebas palpables pudieran dar lugar a más graves perjuicios que los que se les podría irrogar no inutilizando aquellos documentos reveladores de la deleznable condición humana, de la

mismo por «único y solo en el ingenio y en las desdichas»; mereciendo que Alarcón le llamara:

«Envidioso universal
de los aplausos ajenos»,

y Cervantes «Monstruo de la naturaleza»; y que de él dijese Tirso, su más valiente apologista:

«Que niega el habla á su amigo
cada vez que escribe bien».

Con estas manifestaciones compruébase que el crítico aludido estuvo en pugna con sus propias ideas y con las referencias de las páginas 41 y 42 de la obra que parafraseamos (acerca de la titánica labor monográfica del anterior director de la Biblioteca Nacional), en las que se asegura que «Lope era un insaciable bebedor de lectura y lo leía todo: lo arcaico y lo reciente, lo bueno y lo malo, lo genuino y lo apócrifo, lo sagrado y lo profano, el verso y la prosa, lo sublime y lo monstruoso, el infolio reverendo y la jácara matonesca, la relación de la última jornada militar o del arribo de los galeones de Indias, la canción de ciego, el desalmado vejamen o la descomulgada letrilla; diríase que se sorbió íntegra la materia histórica y aun la materia legible de sus tiempos, y toda la convirtió en substancia dramática».

Desde luego, en virtud de todo ello, es un desacierto pensar que el «Quijote» de Avellaneda pasara desapercibido para Lope, como los méritos excepcionales de éste no se ocultaron, según aseveró en su prólogo, al ilustre dominico fray Alonso Fernández, hasta cuya celda silenciosa y apartada llegaba el estruendo de la Fama.

que no estuvo exento el mismo Cervantes, y que fueron, quizá, *comidilla popular*. Lo único que les podía ocurrir era el ser puestos *en solfa*, y según el criterio que sustentamos, *buena murga* tendrían con las alusiones cervantinas, pues posteriormente ya lo dijo Lafontaine, tal vez rememorando las donosas burlas de la obra inmortal:

»J'ai tâché d'y tourner le vice en ridicule,
Ne pouvant l'attaquer avec des bras d'Hercule.»

Suplemento tercero

Reseña y curiosidades bibliográficas de otras imitaciones del «Quijote»,
aparecidas en España y en el extranjero.

«Nuevo Catálogo de obras cervantinas» de don Gabriel Molina.

Sería ocioso reproducir títulos de obras y nombres de autores que con mayor o menor fortuna han pretendido imitar el estilo, la fábula, la intención, el gracejo, la filosofía y las descripciones del valerosísimo soldado de Lepanto. Los lectores que no tengan informes muy detallados pueden recurrir a tres autoridades en la materia: Rius, con su «Bibliografía»; Asensio, con su «Catálogo de obras cervantinas», y don Emilio Cotarelo y Mori, con sus «Imitadores del Quijote». Se pondrán al corriente de más de cien obras encaminadas al fin más arriba dicho.

Desde la que el Padre Isla llamara el «Don Quijote del púlpito» (Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes.) Escrita por el licenciado don Francisco Lobón de Salazar, presbítero..., quien la dedica al público.—Tomo 1.º—En Madrid... 1758.—En 4.º, de cerca de 400 páginas.—El tomo II salió años después), que casi causó tantos escarceos literarios como el «Ingenioso Hidalgo», hasta el «Tartarín de Tarascón», de Alphonse Daudet (París, 1886), altísimo pedestal donde campea el donaire de su autor, quien declaró haber escrito este libro recordando al «Quijote», bien pueden recorrer nuestros lectores las distintas rutas de los imitadores de Cervantes.

M. James Fitzmaurice-Kelly, en «The British Academy. Tercentenary of Don Quixote. Cervantes in England». (London, 1905), proporciona curiosas noticias; don Luis González Obregón aporta un buen caudal de erudición sobre «De cómo vino a México Don Quijote» en el libro intitulado «México viejo y anecdótico» (París y México, 1909); H. Hart y Dr. Diderich en Alemania, en Berlín y Hamburgo, respectivamente; Morel-Fatio y Jules Claretie, en París; Alfonso Miola, en Nápoles; Teixeira, Queiroz y Sousa Monteiro, en Lisboa; H. Hern, en el Haya; Romero Salas y Pacífico Victoriano, en Manila; Hunttington, Schevill, don Juan C. Cebrián y don Eusebio J. Molera, en los Estados Unidos (California); don Francisco Rodríguez Marín y don Adolfo Bonilla San Martín, en España, revelan profundos conocimientos.

Aquí en Madrid existe un gran entusiasta, D. Gabriel Molina, sucesor de la «Viuda de Rico» (Travesía del Arenal, 1), que aventaja a muchos, o a casi todos los del Quijote. El «Nuevo Catálogo de obras cervantinas» que prepara, ha de competir con la mayor parte de las bibliografías que se hagan, por la razón de que todas las obras, folletos, revistas y periódicos cervantinos que describe los tiene en su poder, no reparando para su adquisición en sacrificio alguno.

Entre las varias obras que este señor posee, podemos citar dos imitaciones del «Quijote», desconocidas para muchos cervantistas, entre los cuales pueden incluirse a Rius, Asensio y Cotarelo. Estas imitaciones se titulan: La primera, «El Nigromántico de Svplicio Severo»—(Le Dedicada A Las Memorandas Cenizas de la Andante Caballería, desfacedor de tuertos y vengador de agravios, el nunca áffazmente celebrado, Protocavallero Don Quijote de Mancha, Tvtor de Pvpilos, y amparo de meneferosos.—Con Licencia.—En Barcelona, al Call.—Año 1670.—A cofta del Doctor Murillo, vendedor de Libros) y la segunda «Hifttoria Verdadera de Cesar Nonato, El Avieso: Caballero Manchego de Relance.» (Por el licenciado Alonso Vargas Machuca.—Con Licencia en Tanjer, En la Oficina Tipográfica Alcuzeuziana.—Año 1241 de la Hegira.)

Tanto «El Nigromántico» como «El Caballero Manchego de Relance» merecen gran estima: en aquélla el estilo y el interés de la obra son cinceles cervantinos; en la última, prescindiendo de su mérito literario, se contienen rarezas muy dignas de estudio. So-

bre este particular el propio Sr. Molina escribió un interesante trabajo que fué publicado por la «Bibliografía Española» en 15 de Febrero de 1915, que fué muy celebrado por la opinión cervantista. Recomendamos la lectura de las obras referidas. Auguramos al Sr. Molina un gran triunfo con el «Nuevo Catálogo de obras cervantinas» y no menor éxito de librería.

Finalizamos este suplemento dando cuenta de las tres imitaciones del «Quijote» que merecen los honores del comentario.

La más antigua es «Le Berger extravagant. | Ov parmy des | fantaisies amovreses | l'on voit les impertinences | des Romans & de la Poësie» | A Rouen; | chez Jean Osmont, 1640. (Hemos leído la del año 1646—Rouen—Signatura de la Biblioteca Nacional: piso 3.º, número 26.228). D. Leopoldo Rius en la página 288 del tomo 2.º de la «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes» dice que fué el autor de aquella obra insípida monsieur Ch. Sorel de Souvigny; que el objeto de éste fué satirizar las novelas pastoriles y la poesía, y que los contemporáneos percatáronse de que la obra era una imitación del pensamiento de Cervantes. Agrega D. Leopoldo que el autor hubo de negar enfurecido el último extremo, negando a Cervantes *el pan y la sal* y achacándose todas las perfecciones imaginarias.

La tentativa más afortunada está escrita en inglés y se titula «Hudibras» (Por Samuel Butler; London 1663-78). A D. Manuel Tello Amondareyn, director que fué en Barcelona de la revista literaria «Cervantes», le oímos asegurar que las tres partes de la obra eran dignas de ponderación. Rius declara que le salieron varios contrincantes a Butler que fracasaron en sus empeños, como fracasó Voltaire para traducir la obra original, que Mr. John Towneley, educado en Francia, tradujo en verso y en una forma digna del autor traducido.

De parentesco espiritual inmediato a Butler, escrita haciendo gala de brillantes imágenes y de léxico impecable calcado en el lenguaje cervantino, a lo Ricardo León, es la obra del ecuatoriano D. Juan Montalvo, titulada «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.—Ensayo de imitación de un libro inimitable». (Barcelona, Montaner y Simón, Editores, 1898.) Esta obra póstuma son sesenta capítulos agregados al «Quijote» (Besanzon, 1895). «El Buscapié».—Prólogo del libro a que nos referimos, es el último

capítulo en el extraño libro titulado los «Siete Tratados», del mismo escritor, publicado en Besanzon el año 1882.

«Los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes» también se le debieron de ir de la memoria a Rius; solamente cita su título, sin fecha, y acogiéndose a la «Nota de libros referentes a Cervantes» (Asensio, 1885).

Aun cuando el tomo II de la «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes» en 1899 se publicara, el I se publicó en 1895, siendo de suponer que no tuviera tiempo de hojearlo cuando se hallara enfrascado en el ordenamiento de notas, citas y comentarios de millares de cuartillas.

Con lo dicho damos fin a nuestro modesto «Ensayo».

FIN

OTRAS OBRAS CERVANTINAS

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA

	<u>Pesetas.</u>
Cotarelo. —Efemérides cervantinas.....	5
Díaz de Escovar. —Apuntes escénicos cervantinos.....	2
Leguina. —Las armas de D. Quijote.....	10
Castro y Serrano. —Cervantes.....	1
Bazán Monterde. —Cervantinas.....	2,50
Moreno García. —Un nuevo aspecto del Quijote.....	1
Avila. —Los invencibles hechos de Don Quijote (Comedia).	1
Williams. —Algunos intérpretes de Hamlet y el verdadero espíritu de Don Quijote.	1,50
Apraiz. —Juicio de «La Tía Fingida».	6
García. —Estudio crítico acerca del entremés «El Vizcaíno Fingido».. . . .	3
Hermúa. —Cervantes, administrador militar	1,25
Catálogo de la Exposición celebrada en la Biblioteca Nacional en el Tercer Centenario de la publicación del Quijote.	7,50
Las mujeres del Quijote.	3
Díaz de Benjumea. —La Estafeta de Urganda.....	2
Caballero (Fermin). —Pericia geográfica de Cervantes... .	3
Valbuena. —La Resurrección de Don Quijote	1
Navarro Ledesma. —En un lugar de la Mancha...	1
Adiciones á la Historia de Don Quijote, continuación de la vida de Sancho Panza.	2,50
Fronza. —Cervantes viajero.....	3
Pons. —Interview con un manco.....	5
Azorín. —La ruta de Don Quijote.....	3,50
Cervantes. —Epístola á Mateo Vázquez, prólogo de Emilio Cotarelo.	1
Carrillo de Albornoz. —Romancero de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Dos tomos.....	6
Interpretación del Quijote, por Polinuos.....	5
Armas. —Cervantes y el Duque de Sesá	6
Benot. —Cervantes y el Quijote	2

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

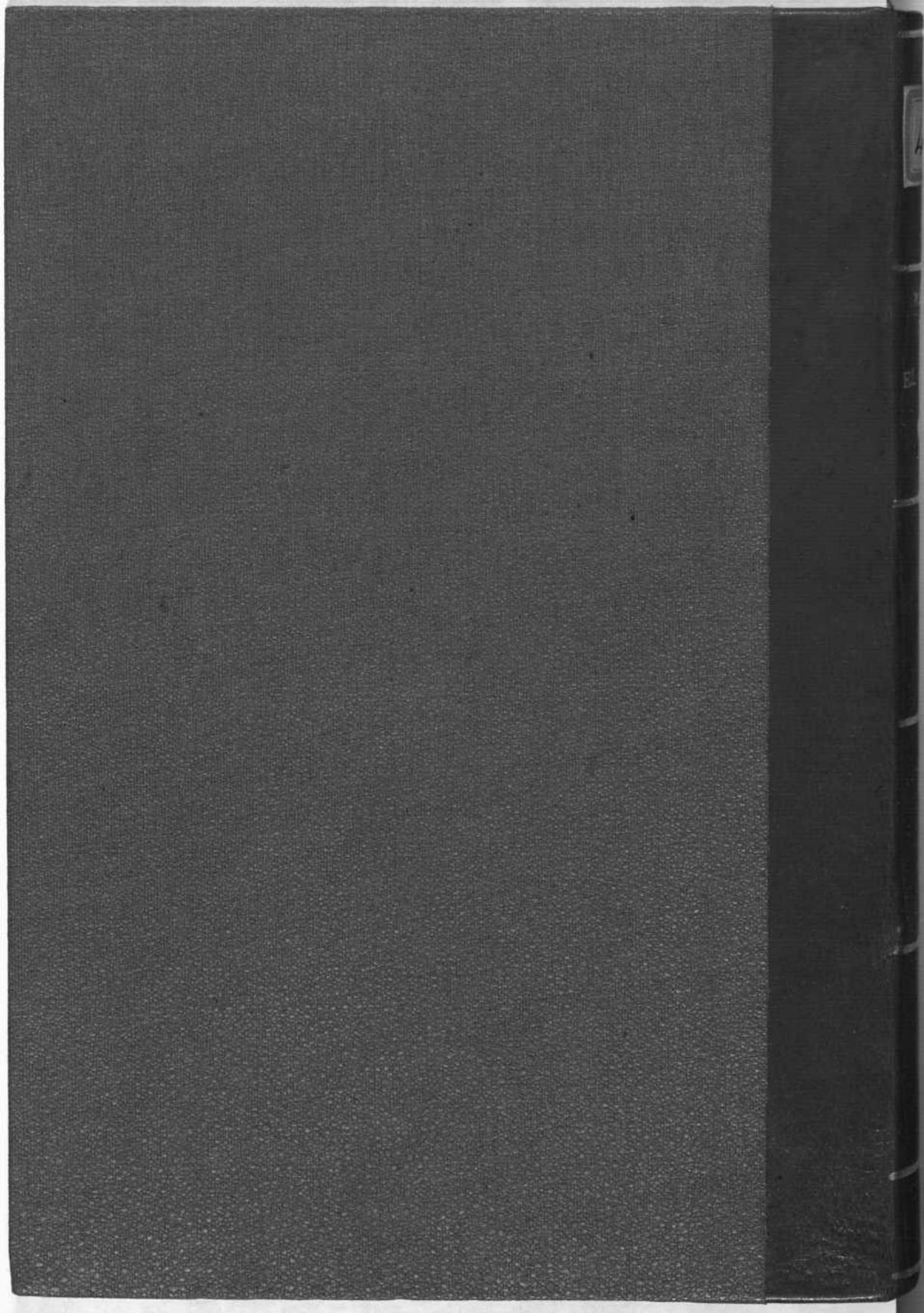
Pesetas.

Número.. 421 | Precio de la obra.....

Estante... 83 | Precio de adquisición

Tabla... 4 | Valoración actual.....

Número de tomos..



421.

MARTIN

EL FALSO

QUINTOS